

El dolor social

Salvador Arciga Bernal

Universidad Autónoma Metropolitana-Iztapalapa

Octavio Nateras Domínguez

Universidad Autónoma Metropolitana-Iztapalapa

Al interrogarnos sobre cuáles son las causas y explicaciones para que aparezcan los grandes cambios, nos encontramos en psicología colectiva con la teoría del dolor social. Esta teoría nos explica que el dolor de una época proviene de causas que a todos afectan y que da forma al tono del ánimo colectivo. Dolor colectivo que en ciertos momentos ha dominado la historia humana y ha estampado su sello a épocas enteras. Ha aparecido siempre al atardecer de todas las civilizaciones y ha llenado algún instante de la vida de los pueblos. La vida ha sido siempre una hermosa mañana que acaba por la tarde con la borrasca y el huracán. Hemos sido testigos del tono de las épocas, según se haya tenido la fortuna de hallarse en el alba o en el crepúsculo de una gran jornada humana.

EL SURGIMIENTO

El dolor social ha surgido siempre a causa de factores extremadamente complejos, como la conjunción del factor económico con los

factores político y social, y los tres unidos son lo que ha dado origen al sentimiento del ánimo colectivo.

EL FACTOR ECONÓMICO

El factor económico, entendido como necesidad, no ha faltado nunca y menos aún siendo como somos carne e idealidad, de lo que se desenvuelve la parte psíquicamente compleja de nosotros mismos. Hechos, pues, de materia de la que se desenvuelve el espíritu, siempre hemos vivido, con las prosaicas necesidades del pan cotidiano de la vida. Esto significa que antes de haber aprendido a pedir el alimento a Dios, el hombre lo ha pedido a la tierra, al mar; antes de pedirlo por medio de la ciencia, lo ha pedido toscamente con el trabajo material.

La lucha por el pan ha sido la lucha perenne de los hombres, que se ha extendido con el tiempo a la lucha por la civilización. Esto quiere decir que no nos movemos solamente hacia el pan, sino hacia la riqueza, al arte, hacia una forma social estética e ideal-

mente apasionada. Esta es la causa que explica el porqué en el fondo de la vida de los pueblos, por vertiginosa e intensa que ésta sea, debajo del esplendor de la civilización, a los pies de las superestructuras ideales del arte o llenas de maravilla de la ciencia, debajo de los lazos de la vida social que engranan como ruedas, existe la prosaica lucha por el pan disputado a la naturaleza y disputado entre los hombres.

EL FACTOR IDEAL

El ideal ha dado en todo tiempo un ropaje a este choque de intereses materiales; ha derivado de cada uno de estos aspectos un distinto reflejo ideal y ha movido a los seres humanos, después, unos contra los otros. Así han surgido las diversas razas y las distintas religiones, las diferentes costumbres y las diferentes constituciones políticas que han dado color a las luchas humanas.

Desde la Edad Antigua (Grecia, S. V a. de C.) hasta nuestros días, la sed de ideal ha atormentado siempre a las almas escogidas; su insaciable necesidad se ha transmitido a otras y ha tomado, en el curso de los siglos, la forma de libertad religiosa o científica, política o social. Nuestro siglo ha visto reconocidas estas libertades ideales, si bien a medias, no como cosa consentida, sino como cosa concedida. Estas libertades han costado sangre y mártires, han sembrado los caminos de hogueras. Han proveído el valor de la muerte a hombres aislados y a multitudes; desde los primeros cristianos hasta aquellos hombres de ciencia y aquellos patriotas de que está llena la historia de todos los pueblos. Y mientras la libertad es, en algunos lugares, una conquista plena que a nadie se le ocurriría tocar, en otros más bien es promesa y ficción que hecho real, y esto ocurre mientras el espíritu se vuelve más culto y más exigente, más ávido de amplios horizontes y más sensible. De ahí que esas restricciones se conviertan, para los que viven la vida del

espíritu, en una causa de dolor que viene a confundirse con las otras y que en la cultura ampliada tiene una esfera de repercusión más vasta. Por esto, el dolor, que en otros tiempos impresionaba a pocos, amenaza ahora con impresionar a todos.

EL ÁNIMO COLECTIVO

El dolor que de esto se deriva, se difunde por los medios de publicidad y repercute en todos aquellos a quienes llega su noticia. Y por esto, ese dolor social disperso en cada uno a través del tiempo y del espacio, se junta en el ánimo colectivo como un solo dolor.

Otra oleada de dolor colectivo procede del conjunto de hechos sociales, que en vez de ser un amplio reflejo del mundo ideal de justicia y de virtud, que hemos venido formando dentro de nosotros, muchas veces es un triunfo del vicio y del cinismo. No es que el mundo no haya sido siempre así: la edad de oro nunca ha existido más que en el esplendor del arte y en la belleza hechicera de la leyenda, pero jamás el éxito ha favorecido a la virtud menos que ahora. Y mientras algunos elevan himnos de alabanza a la virtud en todos los tonos en los libros y en las escuelas, nunca ha sido, en los hechos, más despreciada que ahora. Por esto del contraste perenne entre un mundo ideal resplandeciente y otro real no honrado, surge una amplia oleada de dolor, y una vez surgida no se detiene en la duda.

De esta suerte, el mundo parece triste y por varias razones: es triste porque no da a todos la holgura y niega a algunos el pan; porque niega aquellas libertades que la misma convivencia social madura; en fin, porque es el torpe triunfo del vicio. Estos son los tres manantiales de dolor que, confundidos en una sola oleada, gravitan sobre el ánimo colectivo y lo oprimen.

FORMA DEL ÁNIMO

Mucho han influido en este estado algunos más propensos al dolor que otros y capaces de sentirlo y difundirlo en mayor grado. Sin ellos, tal vez se le habría soportado, tal vez no habría llegado a ser el tono único del espíritu humano.

Han sido precisas para ello estas almas delicadas en las cuales la fuente del dolor individual ha descubierto la del dolor universal. Hombres tan distintos por el genio, por la raza y por el tiempo. Su obra, con respecto al dolor colectivo, ha consistido en recogerlo, universalizarlo, difundirlo en el ánimo de los demás; haciendo de éste, de algo personal e indistinto, una cosa universal y bien delineada. El ambiente social ha respondido diversamente a estas sugerencias científicas, artísticas y/o sociales del dolor.

Las mismas causas que han generado el dolor en el ánimo de la sociedad, han hecho bajar la resistencia del organismo social. Si por una parte se ha aumentado el estímulo doloroso externo, por otra el órgano de percepción y reflexión se ha vuelto más delicado y más capaz. A esta exquisitez de la psique han ido añadiéndose una educación progresiva, un sentido aumentado de la dignidad humana y una mayor comunión del espíritu, por efecto de la cual se ha vivido y se viven palpitations de otros tiempos y de otros lugares. Por esto, algunos hechos que en otros tiempos no hubieran conmovido tanto o aun conmoviendo a algunos no se hubieran difundido, ahora hiere a muchos y tienden a conmover el ánimo colectivo.

Si el origen del dolor no fuese triple — político, social y económico—, dadas las disparidades sociales acaso no hubiera afectado a todos. Pero así es cómo la complejidad del dolor mismo alcanza a todos, a quién por un lado, a quién por otro, y si alguno hay a quien no llegue, no escapa sin embargo a él, por aquella característica epidémica del dolor humano.

Y el dolor, llegado a este punto, se refleja en la filosofía, en el saber general. Siempre entre los hombres se ha reflejado el dolor social y ha obrado, encendiendo la fascinación de la ciencia, colmando su entusiasmo y creando nueva fe.

RESUMEN

Cuando el dolor está en el ánimo colectivo, encuentra a su alrededor un amplio coro y una amplia simpatía de sentimientos, que se arraiga, se vuelve profundo y se convierte en nota dominante de toda una época. Cuando un dolor universal presiona los ánimos, robustece y despierta los dolores que habían quedado en el campo de la conciencia como un simple recuerdo. Cuando el dolor colectivo ejerce presión, cada dolor individual deja tras de sí un eco, una preocupación triste del espíritu que hace de éste parte de un vasto dolor moral, que envuelve la vida, creando la capacidad de movilizar el entusiasmo colectivo y de permitir la eclosión de los tiempos, en donde conviven pasado, presente y futuro. Dando como resultado **el fenómeno inicial**.

Todas las grandes civilizaciones se han iniciado, al menos hasta ahora, con un fenómeno ideal de gran complejidad. Se le denomina fenómeno inicial, porque es un complejo ideal, susceptible de futuros desenvolvimientos. Es por tanto, el exponente social de toda una era, síntesis de toda una civilización, que un pueblo o una raza lleva consigo como una nota nueva a la civilización.

SU CONSTITUCIÓN

El fenómeno inicial está constituido por varios elementos, que forman nuevas energías psíquicas que son, por su misma juventud, susceptibles de futuros desarrollos y, por lo tanto, capaces de desintegrar los antiguos estamentos ideales. Es como una irrupción de corrientes nuevas y profundas en el mar de una civilización. Trae una nueva forma

sociocultural, que se convierte en fuente inadvertida de fenómenos nuevos y desconocidos; mismos que con el tiempo toman forma de derecho y moral, los cuales, unidos al reflejo ideal del universo en la psiquis colectiva, constituyen la superestructura ideal de una época determinada.

SUS COMPONENTES

El hombre lleva consigo instintos madurados en el camino de los siglos; religiosidad, esteticismo, tendencias morales e intelectuales diversamente matizadas por el factor económico y por el genio particular de cada pueblo. El fenómeno inicial entra en contacto con estas tendencias psíquicas, a las cuales altera y modifica de continuo, para, a su vez, ser continuamente modificado por éstas en sus distintos encuentros y confrontaciones.

SU SECRETO

Cada civilización ha proveído de modo diverso la necesidad de una renovación continua, sin la cual la perennidad de la vida resulta imposible. La imagen de la gente que al morir transmite a otra la llama de la vida no sólo es una hermosa concepción poética, sino una verdad científica. A la distancia, otras nuevas energías se disponen a recoger la herencia social y a preparar civilizaciones nuevas y diferentes.

EL PAPEL DE LAS MULTITUDES

El fenómeno merece ser mirado más a fondo y con mayor calma, ya que las multitudes que sucesivamente han dominado en el curso de los acontecimientos, han proveído de diferente modo la necesidad de energías reparadoras para ir sustituyendo las consumidas. Las castas, multitudes cerradas, mal pudieron satisfacer la necesidad de energías psíquicas nuevas. El elemento nuevo ha sido siempre una adquisición preciosa para una

familia, una casta o una sociedad. Moderniza y robustece al combinar la sangre de diferentes tradiciones, lo que permite revigorizar la savia original.

Las clases, multitudes abiertas, se han asegurado en cierto modo una juventud más larga, llamando al trabajo social nuevas energías, maduras en condiciones diferentes. Energías jóvenes, nacidas y crecidas en un sistema diferente de vida, que van a llenar los vacíos que la civilización crea por efecto de la temporalidad que la acompaña. Lo anterior conlleva a ser denominado fenómeno inicial, ya que por él penetran en la historia energías colectivas que vienen del estado distinto en que yacen, con un alto poder oculto de futuros desenvolvimientos. El fenómeno inicial lleva consigo una nueva forma social, resultado de una revolución interrumpida del trabajo social, en el que se maduran nuevos deseos y progresos que buscan ser satisfechos, para elevar el nivel de vida general.

EL CONTACTO

En el fenómeno inicial, la constitución psíquica es completamente distinta; el intelecto es limitado pero penetrante, y el carácter es activo y lleno de vigor. La vida es para el individuo fuente de multitud de experiencias, que en último resultado van a parar al desarrollo del intelecto y en perjuicio de las emociones. De modo semejante obran las largas civilizaciones, que hacen límpido el intelecto y apático el espíritu. Una multitud que se acerca a la civilización aporta a ella dotes de carácter que le dan ímpetu. El vigor salvaje y violento de las pasiones, la impulsividad, el sentido de fuerza y de violencia a un tiempo, la eterna inquietud de los pueblos jóvenes, todas esas dotes de carácter, puestas en contacto con un mundo civilizado, se desenvuelven para conquistar dicha civilización y, revolucionando su contenido, le dan nuevo ímpetu.

Ofrecen el marcado carácter de un mundo psico-emocional, limitado, activo, incitante

a la acción y lleno de energía, que toma la forma concreta de un pensamiento innovador, político, religioso o económico que ejerce fuerte presión, con la religiosidad de una fe, con el poder sugestivo de un fenómeno apasionado y restringido.

EL TERRENO

Si miramos críticamente los fenómenos iniciales y los tiempos en que surgieron se descubre que el exponente ideal existía en la psiquis colectiva, en sus elementos formadores, y sólo faltaba quién supiera combinarlos en una forma nueva y concreta por la cual pasarán del campo inconsciente de la psiquis colectiva al conocimiento y fueran prefijados como meta de la acción humana.

La multitud que penetra en la civilización no siempre toma de su propio seno la forma concreta de la superestructura ideal, ni la combina siempre con sus propias manos; a menudo la deriva de la civilización que está a punto de desaparecer, en la que el pensamiento innovador ha surgido. Es una concepción, colectiva en la esencia, que se traduce en una forma particular, señal ideal que imprime su huella en el fenómeno inicial. La cual debe sus futuros desenvolvimientos al factor económico, a la plasticidad y a la juventud del sector psicosocial.

EL ENCUENTRO DE LOS TIEMPOS

Cuando el cielo histórico está consumado y la raza, el pueblo y la clase han cumplido aquella función social a la que llamaron su propio genio y el particular momento histórico, entonces el fenómeno inicial, agotado en sus desenvolvimientos, es incapaz de futuros posibles; se reconstituye sobre sí mismo, tratando de readquirir la nota de prometedora juventud que tenía y se convierte en el fenómeno final.

Significa que, una civilización que intenta nacer se enfrenta a otra en vías de desapare-

cer. Es el enfrentamiento perpetuo entre tiempos colectivos.

EL FENÓMENO FINAL

El fenómeno final, es como una tentativa de evocación, de resurrección de la promesa inicial; es aquella elevación de vitalidad que precede a la muerte. Es un fenómeno de reminiscencia y, como tal, repite, atenuados, los factores y los aspectos determinantes del fenómeno inicial en que ha tenido origen.

EL DESEO

Del dolor que afecta los ánimos del presente se desprende un deseo, la reconstitución de la vida en el porvenir. A éste se añade la del contraste, entendido como una forma de sugestión, por lo cual, si la mayoría vive de la civilización vieja que desaparece, unos pocos viven de un ideal totalmente diferente; lo que significa que una civilización próxima a morir obra de dos modos: sobre muchos como sugestión imitativa, sobre otros como sugestión de contraste; sobre los muchos, impulsándolos a amoldarse a ellas; sobre los pocos, determinando una conducta de contraste.

El clima psicosocial exalta la disposición de aquéllos que la llevan en grado elevado, cuando hay como condición un vasto dolor social, un desequilibrio de los factores que ascienden a la forma de opresión económica, política y social. Y si en otros tiempos pasan inadvertidos y su impulso se extingue sin dejar rastro, cuando los tiempos son propicios su acción se hace epidémica, se extiende y conquista los espíritus. De esta suerte el tiempo da a la difusión: la multiplicación, el proselitismo fecundo y el tono religioso.

EN RESUMEN

Todo movimiento colectivo de contenido nuevo está formado por **un descontento** del presente; por **una creencia**, merced a la

cual se espera que el presente se arruine y por **una fe** en la reconstitución del porvenir, en cuyas tres cosas se cree.

LA CULTURA PARTICIPATIVA EN LOS MOVIMIENTOS SOCIALES

El mundo moderno avanza precedido por sus sombras, crisis múltiples, cada vez más frecuentes, en donde se enfrentan una certidumbre orgullosa y una incertidumbre inquieta en cuanto al futuro. Uno apuesta a la continuidad, el otro a la ruptura y la discontinuidad.

El proceso de la discontinuidad no encuentra sistemas estables, verdades inmutables; todo lo dotado de valor de una época histórica se encuentra en un proceso continuo de cambio y reconstrucción (Ferrater, 1972; Giner, 1987; Habermas, 1962; Sennett, 1977).

Si asumimos **el marco conceptual de los movimientos colectivos**, la distinción entre tradición y modernismo adquiere un sentido interesante. Deja de ser la oposición simplista entre lo nuevo y lo antiguo para convertirse en un choque cultural, en el que lo que se confronta son sentidos sobre el accionar societal (Bautista, 1992; Giner, 1987; Marcuse, 1964). Lo tradicional sería todas aquellas civilizaciones culturales que estructuran el sentido de la realidad de las colectividades:

Una civilización cultural es una potencia institucional, emergida de movimientos sociales, y que tiene la capacidad de modificar las condiciones estructurales, de modo que se intenta establecer permanentemente (Alberoni, 1981).

Su propiedad fundamental es su capacidad de darle lenguaje propio a las crisis y movimientos que surgen, por ejemplo el cristianismo, el marxismo, el islamismo.

¿Por qué hablar de civilizaciones culturales?, porque una de las características esenciales de nuestra época, que la hace diferente a cualquiera de las anteriores, es precisamente

no ser una civilización cultural, no ser o establecer un proceso solidario de afincamiento societal. Las innovaciones tecnológicas, los descubrimientos científicos, modifican el entorno social en que vivimos; este proceso ataca todas las solidaridades preexistentes, las civilizaciones culturales (Sherif, 1974).

¿Es cierto que nuestra época se caracteriza por la ausencia de "lo moral"? ¿Es cierto que se han eliminado los vínculos afectivos? El mundo contemporáneo ha vivido una ruptura, en el sentido de la realidad que articulaba las prioridades colectivas. Se ha diagnosticado como la sensación de vivir sin sentido; las causas varían según el enfoque: los católicos dicen que se deriva de la pérdida de la religión; los conservadores de la pérdida de la tradición. Esto nos habla del proceso social de la discontinuidad, en donde nada permanece para siempre intacto: que la civilización y todo aquello que aceptamos como sólido, en realidad se encuentra en proceso continuo de recomposición (Berger y Luckmann, 1968; Moscovici, 1984; Touraine, 1969). Toda certidumbre se encuentra constantemente impugnada, se renueva y fortifica cuando encuentra un marco que le dé sentido a las preguntas planteadas o se pierde y se vacía de contenido, al no tener respuestas o ser inadecuadas para la época.

El proceso de **impugnación** constante, y el intento por **reconstruir** la **coherencia** y la **solidaridad** se dan en diversos ámbitos.

El **desarrollo científico técnico económico** de la época moderna genera una transformación sin precedente histórico, de tipo no solidario. La innovación y la aparición de nuevos recursos científicos y técnicos producen la reorganización de los medios existentes, con base en la superioridad técnica alrededor de la cual se producen fines nuevos y no imaginados. Lo nuevo constituye una tentación para las colectividades, ya que propone el modo de hacer o vivir situaciones, propone el socavamiento técnico de cualquier tipo de tradición (Habermas, 1962; Sennett, 1977).

Con una diferencia importante con cualquier época anterior, no es una pugna entre civilizaciones culturales por postular fines últimos; la civilización actual no persigue fines últimos, no existe un proyecto que le otorgue lenguaje y sentido al accionar colectivo (Alberoni, 1981; Moscovici, 1983).

Este proceso ha tenido consecuencias sociales importantes y, no importa qué tipo o color de movimientos, todos tienen en común conjugar tentativas de reconstituir la solidaridad sobre bases no utilitarias. Por ejemplo, el predominio de la técnica se extiende desde el ámbito de la comunicación, los ritos de padecimiento y muerte, hasta la búsqueda de soluciones a la pobreza o desigualdad. Lo que anteriormente se le pedía a los dioses o a la divina providencia, ahora se busca en la capacidad técnica. ¿Esto supone la desaparición de los sentimientos fraternos? No, la evolución de los estados de ánimo, de espacio de la fe ante los poderes mágicos, pasa a la búsqueda de auxilio técnico; las formas posibles de solución de los problemas vuelven inoperante el sufrimiento o la compasión, pero requiere de otras, en compensación. El valor moral de las acciones no se pierde, se desplaza, gira ahora alrededor de las posibilidades técnicas (Alberoni, 1981). Estas transformaciones sociales no son una pérdida del sentido societal, sino afirmaciones de imperativos sociales nuevos; **con la sociedad, muta el sentido meritorio de los afectos, de las acciones.**

Culturalmente, nuestra historia reciente ha mostrado la relatividad histórica de las normas (morales y culturales). El conocimiento de las culturas del mundo, nos ha mostrado la relatividad geo-cultural. Al instalarse el relativismo cultural ha aumentado la capacidad de justificar, explicar y comprender comportamientos y reglas morales distintas de las nuestras, y nos ha permitido considerar nuestra cultura como una entre tantas posibles (Alberoni, 1995; UNESCO, 1998).

La percepción de las normas cambia; aho-

ra son como las leyes del estado, recursos prácticos, modos de dirimir conflictos o de conciliar intereses colectivos e individuales. Lo que en un tiempo fue osada propuestas, es ahora un concepto en vías de instalarse: la afirmación del derecho a la existencia de los valores subjetivos, que ha sido posible gracias a la renuncia a desafiar y poner en crisis a las demás subjetividades dotadas de valor.

Pareciera concluida la época de las grandes civilizaciones culturales, las respuestas que ofrecían a las inquietudes y necesidades modernas, parecen agotadas. Pareciera como si el mundo ya no aceptara una fe única, pareciera en vías de surgimiento una nueva perspectiva para el ordenamiento de la multiplicidad.

En las **ciencias sociales**, asistimos a la desintegración lenta y progresiva del orden de la certidumbre objetiva y al renacimiento y la preocupación por estructuras de la subjetividad humana. El relativismo histórico, la lingüística general, la sociología de la vida cotidiana, la sociología del conocimiento, la teoría de las representaciones sociales, **intentan comprender el carácter construido de lo que llamamos realidad.** Esta propuesta afecta a la misma ciencia social, la cual, se reconoce, también depende como cualquier cuerpo social de estructuras específicas plausibles y de un contexto social en el que tenga sentido. La idea de construcción colectiva de la realidad aumenta la atención y el respeto por la inmensa variedad y fragilidad de los significados humanos. Al ponerse en duda las estructuras de la sociedad que se antojaban evidentes, adquieren un sentido artificial y maleable. Donde se resquebrajan los tabúes, se abren espacios plurales, en los que comunidades con diferentes realidades y sistemas de significado consiguen coexistir en la vida civil y política.

En el **plano social**, vivimos en un mundo planetario, mucho más vasto que el antiguo y en muchos aspectos menos aplastante. El mundo moderno, con sus incesantes transformaciones, multiplica la posibilidad de nuevas formas sociales, acelerando la

plasticidad del espíritu humano (Alberoni, 1982; Berger y Kellner, 1981).

La pérdida de la dimensión ultraterrena impone a todos la búsqueda de una justicia terrena; al desaparecer dios son los hombres quienes aprenden a revelar su fuero interno, a captarlo y respetarlo en los demás. El ámbito de las ciencias que atañen a los problemas derivados de las relaciones humanas ha crecido y se ha diversificado, constituyendo un proceso en donde se manifiestan públicamente confidencias y aspiraciones, se ha abierto un espacio mayor para la expresión de la interioridad y la capacidad de la sociedad para acogerlas (Giddens, 1995).

Sociedad y movilización. Como ya dijimos, en nuestra época no existe un núcleo institucional en el que deban reconocerse los movimientos. Las crisis de las ideologías, la erosión de las religiones tradicionales, el continuo auge de la ciencia y la institucionalización de la innovación tecnológica, son parte del nuevo marco cultural en el que vivimos. La incesante transformación no solidaria destruye todo lo que existe, impugna las grandes tradiciones, las cuales enfrentan este reto de dos formas: o se bloquea y detiene el proceso, como en Irán, Albania y Yugoslavia, con base en su civilización cultural, o se revitaliza continuamente, aceptando el desafío social, de los movimientos que buscan nuevas formas de convivencia.

Los movimientos sacuden a la sociedad, obligándola a interrogarse acerca de su validez social y posibilitando el redescubrimiento de espacios colectivos de convivencia. Las sociedades han sobrevivido al mundo sin dioses y sin metas transterrenas, basando su legitimidad en el cumplimiento de la demanda que emerge de los movimientos sociales. Su capacidad está en transformar parte de esta búsqueda en instituciones o normas colectivas. Nuestras instituciones, constituciones y códigos resultan ser el precipitado de las conquistas, de los innumerables movimientos pasados; así, paralelo al desarro-

llo de la ciencia y la tecnología, ha habido un acumulado de conquistas sociales, **la tradición de lo moderno** es el precipitado histórico de estas conquistas.

El continuo comparecer de movimientos, de protagonistas en la vida política y cultural, expande la esfera pública. Todo el aparato conceptual del utilitarismo y de la economía moderna como ciencia se basa en el surgimiento de esta asunción ética y racional por parte del obrar mundano. La solidaridad se funda en las movilizaciones y el límite que impone la verificabilidad de su proyecto. Desde esta perspectiva, los movimientos son campos de solidaridad nuevos, que reconstituyen la solidaridad incorporando posibilidades de acción.

Sociedad Civil. La presencia de las crisis y erosiones de los sistemas generales de creencias no significa la desaparición de la fe, los hombres la abrazan y la persiguen a través de los movimientos sociales. Un signo de nuestra época son las reivindicaciones específicas, que apelan a una vida comunitaria digna, son reivindicaciones que giran en torno a una sola y parcial causa. Frente al mosaico religioso, organizativo y clasista que nos divide, algunos comienzan a invocar el surgimiento de una religión civil, la cual surge como plataforma cohesiva y marco moral de la ciudadanía, que está formada por ciertos valores centrales, que constituyen valores de orden social y que suministran coherencia a la convivencia. Son los valores cívicos, que buscan reencantar y transfigurar el ámbito colectivo y personal, convirtiéndose en móvil colectivo.

La sociedad entendida como movimiento social, donde se desarrolla el arte de dirimir públicamente los conflictos, es un claro ejemplo de la búsqueda de espacios mejores para la convivencia, sin optar por la violencia, convirtiéndose en la forma por excelencia (Giner, 1995).

Esta propuesta sigue la lógica de la mentalidad colectiva, aquella fascinante aspiración de construir una visión colectiva de convivencia. **PS**

Bibliografía

- ALBERONI, Francesco. (1971). "Sociología del comportamiento colectivo". En: *Cuestiones de Sociología*. Barcelona, España: Herder.
- ALBERONI, Francesco. (1977). *Movimiento e institución*. Madrid, España: Nacional.
- BAUTISTA, A. (1992). *Sistemas simbólicos colectivos*. Distrito Federal, México: Laboratorio de Psicología social, UNAM.
- BERGER y KELLNER. (1981). *Un mundo sin hogar. modernización y conciencia*. Santander, España: Sal Térrea.
- BERGER y LUCKMANN. (1968). *La construcción social de la realidad*. Buenos Aires, Argentina Amorrortu Editores.
- FERNÁNDEZ CHISTLIEB, Pablo. (1985). *Psicología Social de la cultura cotidiana*. Distrito Federal, México: Laboratorio de Psicología Social. UNAM.
- FERRATER, M. (1972). *Las crisis humana*. España: Salvat.
- GIDDENS, Anthony. (1995). *Modernidad e identidad personal*. Paidós.
- GINER, S. (1987). *Ensayos Civiles*. Barcelona, España: Península.
- HABERMAS, J. (1962). *Historia y crítica de la opinión pública*. Barcelona, España: Gustavo Gili.
- LE BON, G. (1901). *Psicología de las Masas*. Barcelona, España: Conceptos.
- LE BON, G. (1910). *Psicología Política*. Madrid, España: Nacional.
- LE BON, G. (1911). *La evolución actual del mundo*. Madrid, España: Nacional.
- MENDIETA y NÚÑEZ, L. (1959). *Teoría de la Revolución*. Distrito Federal, México: IIS, UNAM.
- ROSSI, Pasquale. (1905). *Místicos y Sectarios*. Barcelona, España: Henrich y Co.
- SENNET, R. (1977). *El declive del hombre público*. Barcelona, España: Península.
- SHERIF, Muzafer. (1975). *Psicología Social*. Distrito Federal, México: Harla.
- TOURAINE, Alan. (1984). *El regreso del actor*. Buenos Aires, Argentina: EUDEBA.
- UNESCO. (1997). *Nuestra diversidad creativa*. Distrito Federal, México.